

La violencia divina. Hera y Heracles: ¿maternidad frustrada?

Susana Reboreda Morillo

Citer ce document / Cite this document :

Reboreda Morillo Susana. La violencia divina. Hera y Heracles: ¿maternidad frustrada?. In: Praxis e Ideologías de la Violencia. Para una anatomía de las sociedades patriarcales esclavistas desde la Antigüedad. XXXVIII Coloquio del GIREA;

https://www.persee.fr/doc/girea_0000-0000_2019_act_38_1_1372

Fichier pdf généré le 26/01/2023

LA VIOLENCIA DIVINA. HERA Y HERACLES: ¿MATERNIDAD FRUSTRADA?¹

Susana REBORDA MORILLO
Universidad de Vigo
rmorillo@uvigo.es

INTRODUCCIÓN

Este volumen tiene unas características muy especiales, ya que a través de él acudimos a la llamada de nuestra amiga y colega, Amparo. Un par de días antes de que nos dejase, tuve la enorme suerte de compartir con ella nuestro tiempo en las Jornadas sobre Mujeres en el Mediterráneo que organizó la universidad de Murcia y de conocer de primera mano la ilusión que tenía por este encuentro que iba a producirse en menos de dos meses. Sin duda esta contribución es una magnífica forma de rendirle un sentido y merecido homenaje. Cuando recibí el correo con su invitación para participar en las jornadas del GIREA, sobre la violencia, influyeron distintos factores en la elección del tema, todos ellos relacionados con mi trayectoria en la investigación. Necesariamente debería contextualizarse en la antigüedad griega, estar impregnado de esa dosis de dependencia que nos une en los sucesivos GIREA y, además, relacionado con la perspectiva de Género y, más concretamente, con la maternidad o quizás, como veremos, con la no maternidad; el referente específico sería el mito, mi investigación más persistente desde la ya lejana tesis Doctoral.

El compendio de estas circunstancias me llevó a definir el título de este estudio que se compaginaba con la investigación sobre la lactancia que trabajaba en ese momento. El objetivo principal es analizar la complicada relación que se establece entre la diosa Hera y el héroe Heracles, repleta de sucesos violentos constatados en las dos direcciones, una

¹ Esta publicación se enmarca en el proyecto de investigación I+D+I financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad y dirigido por la profesora Rosa Cid López de la universidad de Oviedo titulado: "Maternidades, filiaciones y sentimientos en las sociedades griega y romana de la antigüedad. familias alternativas y otras relaciones de parentesco fuera de la norma" (HAR 2017-82521-P).

violencia que solo se comprende en el marco de una estrecha dependencia entre ambos y que evoluciona desde la aversión más profunda a la reconciliación más intensa.

LOS PERSONAJES: HERA Y HERACLES

A pesar de que ambas personalidades son bien conocidas, pienso que es pertinente comenzar con una breve presentación que incluya las características más significativas, que servirá, además, como punto de partida y contextualización de la compleja relación que se establece entre ambos.

Hera es hija de Rea y Cronos y por lo tanto hermana de Zeus, Poseidón, Hades, Deméter y Hestia. En la *Teogonía*² Hesíodo la equipara con otras esposas divinas de Zeus; sin embargo Homero la singulariza al elevar su condición a la de única esposa legítima del dios más importante de todos los olímpicos y por lo tanto de todo el panteón heleno. Sin duda en la organización más ordenada que presenta Homero del plano divino hay una mayor proximidad a las costumbres del mundo terrenal, donde los matrimonios eran monógamos, pero al varón se le consentía mantener abiertamente relaciones extramatrimoniales. Sin embargo, las similitudes entre ambos planos –divino/humano– nunca son plenas y, a diferencia de las mujeres comunes, Hera se lanzaba a la carrera de la venganza, dirigiendo su irritación por las continuas infidelidades de su esposo tanto hacia las diosas y humanas que Zeus cortejaba, como hacia la descendencia fruto de esas uniones. En abundantes ocasiones Hera alcanza sus objetivos, burlando las precauciones tomadas por el dios.³ Los métodos que la diosa empleaba incluyen siempre una elevada dosis de violencia y dramatismo.

Los relatos míticos que recogen estas acciones vengativas son muy abundantes; a modo de ejemplo me referiré a dos situaciones. La primera protagonizada por una divinidad y la segunda por una humana. El *Himno Homérico a Apolo* describe cómo Leto pasa un calvario en el momento de dar a luz a los gemelos Ártemis y Apolo. Hera primero prohibió a todos los lugares de la tierra acogerla en el momento del parto, solo la isla de Delos consiente tardíamente a cambio de la promesa de una prosperidad futura; después Hera convenció a su hija Ilítia, cuya presencia era imprescindible para que se produjese el nacimiento, que retrasara su llegada a la llamada de la parturienta y mantuviera en el tiempo esa dolorosa situación.

² 886-930.

³ Bermejo Barrera 1989.

El ejemplo de Selene es más dramático, en consonancia con su condición de humana, en este caso es convencida por la enojada esposa de que le exija a Zeus que se le manifieste con todo su esplendor; la fuerza de la visión es tan potente para la simple mortal que fallece abrasada, fulminada por el rayo.⁴ Sólo la pericia de Zeus, logra salvar al fruto de esta unión, Dioniso, al introducir el feto en una especie de “saco” que el dios anexionó a su muslo; cuando el embrión terminó su desarrollo, salió a la vida.⁵

Ambas venganzas se justifican a través de una de las funciones que asume la mítica Hera como esposa legítima de Zeus, erigiéndose en defensora a ultranza del matrimonio y de las relaciones legales que transcurren en su seno. Una meta importante de este trabajo es demostrar que esta filosofía no es aplicable, al menos en exclusividad, a la singular relación que se genera entre la diosa y Heracles, caracterizada por dos aspectos que nos reúnen en este volumen: la violencia y la dependencia.

Como rasgos característicos de la diosa destacamos, junto al deseo de venganza, su tenacidad y astucia, factores que alcanzan un grado superlativo cuando se trataba de alcanzar sus objetivos.

Heracles es hijo de Zeus y una mortal, Alcmena, a quien el dios engañó adoptando la figura de su marido para conseguir yacer con ella. Muy poco tiempo después también se quedó embarazada de su esposo, Anfitrión, así que en su seno crecieron dos varones de padres diferentes: Heracles e Íficles. A pesar de compartir madre, sus respectivos caracteres pronto se manifiestan opuestos y el héroe apunta rasgos que denuncian su paternidad divina. Como características más definitorias destaca su enorme fuerza, su osadía, su astucia y su pericia en el manejo de determinadas armas, como el arco y las flechas y la maza, que pronto se identificaron como sus atributos. Todas estas cualidades se combinaban con una naturaleza impetuosa y una gran facilidad para dejarse llevar por los arranques de genio.

Ambos personajes estaban destinados a enfrentarse y a infringirse dolor, tanto psíquico como físico. El inicio de esta enemistad se gestará, como veremos, en la tradicional oposición de Hera a las habituales relaciones extraconyugales de su esposo, pero muy pronto adquirirá unas connotaciones singulares. El desenlace de esta relación se puede calificar de inesperado; incluso en el lenguaje mítico resulta sorprendente que Hera se convierta en la pieza fundamental para sellar la apoteosis de Heracles; es decir,

⁴ Eurípides, *Bacantes*, 1-8.

⁵ Rudhardt 1990, p. 372-374.

para conceder el certificado definitivo de la transformación del Heracles héroe y por lo tanto mortal, en una divinidad inmortal.

LA COMPLEJA RELACIÓN ENTRE HERA Y HERACLES

La primera noticia que establece una conexión entre ambos deriva de la *Iliada* cuando se alude al parto de Alcmena. Como ya se comentó, esta circunstancia se comprende dentro de la animadversión que a Hera le provoca un embarazo del que Zeus está tan orgulloso que decide anunciar que el futuro vástago alcanzará la categoría de rey de la Argólide. La maniobra de su esposa, que le hace jurar que el primero en nacer de su stirpe será el elegido, consistirá en retrasar, gracias a la ayuda de Ilitía, el parto de Alcmena hasta los diez meses, mientras que el de Antímaca, madre de Euristeo, se adelanta a los siete.⁶ De este modo el dictado de Zeus se vuelve en su contra y Euristeo alcanza la categoría real destinada a Heracles.

Desde el parto de Alcmena hasta la apoteosis del héroe, la relación entre Hera y Heracles es continuada, a veces de forma directa y otras, tal y como documenta Loraux,⁷ a través de los hijos legítimos que la diosa ha tenido con Zeus. En principio podríamos deducir que el motivo inicial de la venganza se mantiene. Mi objetivo es demostrar que esta causa se transforma y solo se comprende en su contexto, despertando el interés de una investigación abordada desde distintas perspectivas, tanto desde la historia de la religión, como desde la psicología.

Para analizar el desarrollo de esta relación hemos optado por seguir una línea cronológica que marcará el uso de las fuentes. En esta trayectoria veremos cómo la persecución de Hera podría calificarse como una de las más encarnizadas que protagoniza la diosa. En palabras de Loraux⁸ entre la diosa y el héroe “existe un vínculo estrecho que se expresa bajo la forma dominante de la hostilidad”.

LA INFANCIA

La primera noticia tras el parto se recoge en Diodoro Sículo, a quien citamos literalmente:

⁶ *Iliada*, XIX, 101-105.

⁷ Loraux 2004, p. 293.

⁸ Loraux 2004, p. 298.

Entonces Alcmena dio a luz y, temerosa de los celos de Hera, expuso al recién nacido. En esto Atenea acercándose al lugar en compañía de Hera y maravillada por la fuerza del niño, persuadió a Hera para que le diera el pecho; pero, al tirar el niño del pecho, con una fuerza superior a la que por su edad le correspondía, Hera no pudo resistir el intenso dolor y se quitó de encima al recién nacido; luego Atenea lo llevó junto a su madre y le ordenó que le criara.⁹

A continuación, añade el siguiente comentario:

Cualquiera podría asombrarse con razón por lo inesperado de esta pericia, puesto que la madre, que debía amar a su propio hijo, trataba de matarlo, mientras que la que tenía por él un odio de madrastra, salvaba, sin saberlo, a su enemigo natural.¹⁰

Otros autores de la antigüedad ofrecen una visión similar, con ciertas variantes. Así Eratóstenes afirma:

Hermes tomó a Heracles cuando nació y lo puso al pecho de Hera. Heracles mamaba de su pecho. Y Hera, una vez que se dio cuenta, lo arrojó de sí de una sacudida, y de esta manera, por la leche derramada por la abundancia, se creó la Vía Láctea.¹¹

También Pausanias alega que en Tebas se mostraba el lugar donde Hera amamantó a Heracles cuando todavía era niño, en este caso justifica este hecho por un engaño de Zeus.¹²

La iconográfica corrobora esta descripción, aunque debemos advertir que no es un tema recurrente, solo está documentado en época tardía y localizado principalmente en Etruria; en estas imágenes Heracles es representado en tres edades distintas: bien como un bebé (**figura 1**), coincidiendo con la información de las fuentes escritas, o bien como adolescente o adulto barbado. Sin profundizar en el tema que nos alejaría de nuestro objetivo central, las opiniones de Bayet¹³ y Renard¹⁴ concluyen que la imagen de la lactancia ha pervivido en Grecia en las dos versiones (bebé/adulto), unidas a la inmortalidad del héroe.

⁹ Diodoro, IV, 9, 6.

¹⁰ IV, 9, 7.

¹¹ Eratóstenes, *Catasterismos*, 44.

¹² Pausanias, *Descripción de Grecia*, IX, 25, 2.

¹³ Bayet 1926, p. 150.

¹⁴ Renard 1964.



Figura 1: Lekykos de cerámica de figuras rojas (365-350 a.C.).
British Museum inv. 1846,0925.13.

Debemos detenernos en el análisis de este acto físico, por las connotaciones que se pueden derivar del mismo.¹⁵ En la mitología griega, no se describe a ninguna de las grandes diosas en actitud de amamantar, ni en las fuentes escritas ni en las iconográficas. La tónica general es que los hijos e hijas de las diosas olímpicas por un motivo más o menos voluntario no son criados por sus madres; tarea que con bastante asiduidad recae sobre las Ninfas.¹⁶ También es evidente que de la mayoría de los dioses desconocemos aspectos de su infancia, Ya que, salvo excepciones, una vez que nacen enseguida

¹⁵ Pedrucci 2013a, p. 104-108.

¹⁶ Vilatte 1991; Pirenne-Delforge 2005; Dalmon 2015.

alcanzan su aspecto permanente.¹⁷ De las infancias descritas podemos deducir que la alimentación que se les suministra es la divina, consistente en néctar y ambrosía. En consonancia con ello cuando una deidad pretende transformar a un ser humano en un ser divino, le suministra ambrosía, con la finalidad de crear o desarrollar su esencia inmortal, como sucede en el ejemplo de Deméter con Deimofonte o de Tetis con Aquiles.¹⁸ La excepción a esta alimentación la encontramos en el propio Zeus, a quien tras nacer se le envía en secreto al monte Ida en Creta, donde fue alimentado con leche, pero en este caso la fuente suministradora era un animal: la cabra Amaltea.¹⁹ En el *Himno Homérico a Hermes*²⁰ cuando el dios se presenta como un bebé que quiere mostrarle a Apolo, en consonancia con su edad, su falsa inocencia, declara que a él solo le interesa el sueño, la leche de su madre, los pañales y los baños calientes. Es muy probable que sus palabras, más que transmitir una situación literal, se refieran a un genérico que resalta los aspectos que definen a todos los recién nacidos; sin embargo en la morada de su madre se mencionan tres estancias llenas de néctar y ambrosía.

Resumimos y volvemos a los hechos del mito: Hera, inducida bien por Atenea, bien por Hermes, bien por Zeus, alimenta con su seno a Heracles; en todos los ejemplos esta acción se ve interrumpida bruscamente; en ocasiones en ese acto violento la leche se desparrama y origina la Vía Láctea, dando significado a su nombre. Considero importante insistir en los siguientes factores: es la única vez que una diosa olímpica es descrita realizando esta actividad; la diosa a quien se le atribuye no destaca por sus dotes maternas y el bebé que amamanta, no sólo no es un hijo suyo, sino que es fruto de una relación ilegítima que mantiene su esposo, Zeus, con una simple mortal.

Hay otro aspecto que considero importante subrayar, siguiendo a Diodoro, que es que el encuentro del dios con Alcmena tampoco es equiparable al resto de sus aventuras, ya que en esta ocasión no estaba movido por el deseo sexual, “como ocurrió en el caso de otras mujeres, sino más bien por el placer de la procreación”, por ello “triplicó la duración de la noche, y por la magnitud del tiempo que se empleó en la procreación, presagió la fuerza extraordinaria del que iba a nacer”.²¹

¹⁷ Pirenne-Delforge 2010, p. 689.

¹⁸ Brillante 1992, p. 203.

¹⁹ Diodoro, V, 70, 2. Eratóstenes describe a Amaltea como una Ninfa que alimentó a Zeus con leche de cabra (*Catasterismos*, 13).

²⁰ 266.

²¹ IV, 9, 2.

En consonancia con esta singularidad de intenciones (procreación por encima del deseo) y sentimientos podemos recordar el orgullo que Zeus mostró públicamente sobre ese futuro hijo descrito en la *Iliada*, y que deja en evidencia, como es tan habitual en el mito, a través de la oposición, la ausencia de aptitudes maternas en su esposa legítima.

Antes de que los hermanos gemelos cumplieren un año, Hera les envía dos serpientes. Heracles, demostrando su superioridad sobre los seres humanos corrientes, sin mostrar un ápice de temor, las estrangula; este tema alcanza un amplio eco en la iconografía y en los textos clásicos. Píndaro²² describe este episodio y le añade el vaticinio del adivino Tiresias sobre las destacadas hazañas futuras que realizará el héroe en beneficio de hombres y dioses; también constata que su destino último será alcanzar la divinidad. Como subraya Brillante²³ el envío de Hera ha propiciado dos aspectos fundamentales para la futura vida del héroe, que todavía es un bebé: por primera vez revela su identidad, al diferenciarse netamente de su temeroso hermano, y, en segundo lugar, manifiesta públicamente su naturaleza superior al común de los mortales.

A la importancia de estos aspectos se le añade otro hecho transcendental: el cambio de nombre,²⁴ pasando de llamarse Alceo a Heracles, que significa “la gloria de Hera”, con la ambivalencia que este significado conlleva,²⁵ al poder interpretarse en una doble dirección. Por una parte que la trayectoria vital del héroe se ve ennoblecida por las hazañas a pesar del deseo de aniquilación de Hera, por otra que es él quien enaltece a la diosa gracias a las hazañas que le impone. Una tensión y ambivalencia llena de sentido para los griegos.²⁶

El cambio de nombre en la Antigüedad se asociaba a un momento transcendental en la vida de los individuos, y era conmemorado con un rito de paso que se asociaba a la ejecución de una hazaña; lo mismo sucede con otros héroes como Jasón²⁷ y Aquiles.²⁸ En ambos casos es el centauro Quirón quien les otorgó su nombre definitivo, coincidiendo con situaciones memorables.

²² *Nemea*, I, 33-72.

²³ Brillante 1992, p. 204.

²⁴ Diodoro, IV, 10, 1.

²⁵ Loraux 2004, p. 296-298.

²⁶ Loraux 2004, p. 298.

²⁷ Píndaro, *Pítica*, IV, 119.

²⁸ Apolodoro, III, 6.

LA MADUREZ

Apolodoro²⁹ transmite otra versión que justifica el cambio de nombre, en este caso de Alcides a Heracles, cuando el héroe es ya un adulto. Quisiera destacar que esta circunstancia también aparece relacionada directamente con Hera, quien provoca en el héroe un ataque de locura que le lleva cometer el terrible acto de asesinar a sus hijos y a los de su hermano Ificles.³⁰ Una vez recuperada la cordura y consciente de la barbarie cometida se dirige a Delfos en busca de instrucciones para su purificación, momento en que la Pitia le otorga el nuevo nombre; no es preciso insistir en la ambivalencia de su significado. De los no pocos ataques de locura que la diosa provoca en sus enemigos, éste es probablemente el más violento y el que alcanza las consecuencias más trágicas. Interesa subrayar que, en ambas versiones que concluyen con un nuevo nombre, la causa es generada por la interacción directa de la diosa y la consecuencia implica una conexión entre ambos indestructible, al quedar vinculados por el nombre, sin duda el elemento más identitario de una persona.

La violencia está muy presente en las doce tareas que Heracles debe ejecutar como siervo de Euristeo. Ya se comentó que a esta situación el héroe llega por el deseo implícito de la diosa, ya que, además de frustrar la posibilidad de nacer como un monarca, son las tareas que el oráculo de Delfos le impone para purificarse de los tremendos crímenes cometidos. No vamos a analizar cada una de las complejas tareas, ya que nos excederíamos del cometido de esta contribución, pero sí es el momento de subrayar, coincidiendo con la lúcida afirmación de Nicole Loraux,³¹ que el objetivo de Hera es lanzar un desafío constante a su virilidad. Las situaciones que Heracles se ve obligado a afrontar resultan penosas y sale airoso gracias a la combinación de una evidente dosis de violencia que implica el empleo de la fuerza bruta y otra no menos importante de premeditada astucia. A pesar de los deseos de la diosa, los resultados desembocan en éxito,³² aunque reiteramos que el objetivo de las tareas impuestas no era el enaltecimiento, sino su destrucción con la finalidad de impedir su transformación en un ser divino y con ello aumentar su poder frente a Zeus y sobre todo enaltecer la “gloria de Hera”.

²⁹ Apolodoro, II, 12.

³⁰ Eurípides, *Heracles*.

³¹ Loraux 2004, p. 306.

³² Griffiths 2002.

Los peligros y las hazañas de Heracles se suceden en un plano paralelo a estos doce trabajos, con el mismo resultado: la progresiva superación que, aunque no exenta de dolor, contribuye a reforzar su fama y aproximarle al deseo de Zeus: que su distinguido hijo alcance la inmortalidad. Para que esta apoteosis suceda quedará todavía otra dura prueba en el mundo terrenal y la siguiente, mucho más complicada, en el plano divino, que tendría lugar a su llegada al Olimpo y que supondría la transición definitiva a divinidad.

El cuerpo de Heracles debe arder en una hoguera con el objetivo simbólico y físico de liberarlo de los males que le vinculan a su mortalidad, al tiempo que permite su paso a la categoría divina. Si como comentamos, Tétis y Deméter suministraban respectivamente a Aquiles y Deimofonte, ambrosía para fortalecer su inmortalidad, también utilizaban el fuego para eliminar su parte mortal;³³ en ambos casos las sesiones se interrumpen bruscamente, privando a los niños de esa condición divina o de una muerte segura, según la interpretación de los humanos que las sorprendieron. Coincido con la asimilación que hace Brillante³⁴ entre el fuego y la combustión final del mortal Heracles. Muchos temen las consecuencias del mal genio de Heracles, la única persona que se atreve a prender fuego en su pira es Filotectes, a quien en agradecimiento, el héroe, entrega un *agalma*: su potente arco.

Pero la violencia entre la diosa y el héroe no sólo transcurría en una dirección; también Hera va a sufrir físicamente por causa de Heracles, como se atestigua en la *Iliada* con las siguientes palabras:

Sufrió Hera, cuando el fornido hijo de Anfitrión la alcanzó en el pecho derecho con una flecha de triple aleta: fue incurable el dolor que ella hizo entonces presa.³⁵

Ya Licofrón³⁶ en el siglo III a.C. ha puesto en relación el episodio del amamantamiento con esta herida; los escolios de la *Iliada* justifican este ataque de Heracles como una respuesta a que la diosa le arrancase de su seno. Loraux³⁷ concluye que en esta agresión el héroe desea atacar su maternidad, y resalta que sea el seno derecho el agredido, por los valores simbólicos que en Grecia alcanza el lado derecho (considerado viril) frente al izquierdo (considerado femenino).

³³ Pirenne-Delforge 2010, p. 689.

³⁴ Brillante 1992, p. 218-219.

³⁵ *Iliada*, V, 392-394.

³⁶ *Alejandro*, 39.

³⁷ Loraux 2004, p. 300-305.

Subrayamos que este sufrimiento es una réplica del episodio del amamantamiento que inauguró el contacto entre ambos, y que se concreta en que Heracles succionó con demasiada fuerza provocando dolor en la diosa. Si asumimos la teoría de Nicole Loraux hablaríamos de un doble ataque a la maternidad.

LA APOTEOSIS

Tanto las fuentes escritas como iconográficas se refieren a este episodio de la apoteosis de Heracles, que asciende al Olimpo, a veces guiado por Atenea, en un carro³⁸ Pero no sólo esta naturaleza transformada resulta singular en el contexto de la mitología griega; por encima de este cambio de héroe a dios, se sitúa el giro que se describe en la relación de los protagonistas de este estudio. De hecho, parece que la única vía para que Heracles llegue a ser dios es que Hera le conceda su beneplácito, con gestos simbólicos muy elocuentes, transformándose de perseguidora en cómplice.

Diodoro describe esta situación con las siguientes palabras:

Después de su apoteosis, Zeus persuadió a Hera para que adoptase a Heracles como hijo y le diese el afecto maternal durante todo el resto de los tiempos. Esta adopción se realizó, dicen, del modo siguiente: Hera se subió al lecho y, tras atraer junto a su cuerpo a Heracles, dejó que se deslizara al suelo a través de sus vestidos, imitando un verdadero nacimiento. Esto es precisamente lo que hacen los bárbaros cuando quieren adoptar un hijo. Después de la adopción, Hera, cuentan los mitos, unió a Heracles en matrimonio a Hebe.³⁹

Me gustaría subrayar que no se trata de una simple aceptación. En el gesto de simulación del nacimiento, tal y como recoge Diodoro, se está llevando a cabo una adopción, que quiere recrear la maternidad en su acto más significativo: el parto. El segundo gesto que reafirma la fortaleza del nuevo lazo entre Hera y Heracles, es la concesión que la diosa hace para unirle a su hija Hebe en matrimonio. Una vez más, asistimos a una reafirmación de los nexos materno-filiales entre ambos, en este caso a través de Hebe.

De tan curiosa situación me aventuro a extraer una serie de hipótesis, sin que alcancen el grado de conclusiones por la dificultad que entraña extraer datos definitivos de la compleja interpretación del mito.

Para ello debo retomar el tema de la lactancia y el significado que ésta tenía en la sociedad de la antigua Grecia, ante la ausencia de evidencias en el plano divino, como

³⁸ Holt 1992.

³⁹ Diodoro, IV, 39, 2.

afirmábamos al inicio de este trabajo. Existe unanimidad en el hecho de que la tarea de amamantar era una actividad que asumían las madres, independiente de su clase social,⁴⁰ al menos en el período que se extiende desde la edad oscura a la época clásica. Es cierto que en muchos *oikoi* se documenta la existencia de nodrizas, con quien las madres realizaban un estricto reparto de obligaciones. Así las primeras colaboraban en la crianza, pero no actuaban como amas de cría, como se demuestra en las muchas referencias que dejaban explícito su incapacidad de amamantar, bien por ser vírgenes (el caso de Anticlea en la *Odisea*, por citar un ejemplo), bien por ser personas de elevada edad (Deméter se caracteriza como una anciana antes de ofrecerse como nodriza de Deimofonte).

A este hecho añadimos la constatación de los fuertes lazos que se creaban entre las madres y su descendencia, se fundamentaban en el parto⁴¹ y de forma especial en la lactancia. Las palabras de Hécuba, cuando desesperada se dirige a Héctor desde las murallas de Troya son significativas de la idea que pretendo transmitir⁴² y no constituyen una excepción en la literatura griega:

Su madre, a su vez, desde el otro lado gritaba de dolor vertiendo lágrimas, y con una mano soltó su seno, con la otra levantó un pecho y, entre lágrimas, le dijo aladas palabras: Héctor, hijo mío, respeta este seno y apiádate de mi persona, si es que alguna vez te di mis pechos, olvido de tus cuitas. Acuérdate de ellos, hijo mío, y rechaza a ese hombre devasador, manteniéndote dentro del muro y no te adelantes a hacerle frente.⁴³

Partiendo de esta base, el acto del amamantamiento de Hera a Heracles, pudo ser el origen de la creación de un lazo indestructible. Lazo que tanto la diosa como el héroe no desean admitir y que convierten en una fuente de violencia en ambas direcciones, violencia caracterizada por una fuerte dependencia y que se materializa en agresiones directas o indirectas de la diosa y ataques del héroe a esa maternidad.

La cadena de violencia se interrumpe con la apoteosis de Heracles y su integración en el mundo divino; en ese plano a Hera ya de nada le sirve ejercer la violencia, pues el objetivo de la destrucción ya deja de tener sentido y la persecución se muta en concordia. Una concordia que reafirma la dependencia y la fortaleza del lazo que les une en el acto de la simulación del parto. Parto y lactancia se hacen explícitos, crean un nexo

⁴⁰ Vilatte 1991, p. 10; Pedrucci 2013b, p. 279; Dalmon 2015, p. 2.

⁴¹ Reboreda 2016.

⁴² Reboreda 2015.

⁴³ *Iliada*, XXII, 82-85.

materno-filial que Hera nunca mantuvo con sus hijos, y para darle mayor realce se sella con un matrimonio legítimo; ese acto que lidera la misma Hera.

Bibliografía

Fuentes

- Apolodoro, *Biblioteca*, traducción de M. Rodríguez de Sepúlveda, Madrid (Biblioteca Clásica de Gredos), 1985.
- Hesíodo, *Obras y fragmentos*, traducción de A. Pérez Jiménez y A. Martínez Díaz, Madrid (Biblioteca Clásica de Gredos), 2006.
- Diodoro de Sicilia, *Biblioteca Histórica*, libros IV-VIII, traducción de J. J. Tores Esbarranch, Madrid (Biblioteca Clásica de Gredos), 2004.
- Eratóstenes, *Catasterismos*, traducción de J. R. del Canto Nieto, Madrid (Ediciones Clásicas), 1992.
- Licofrón, *Alejandro*, traducción de M. y E. Fernández Galiano, Madrid (Biblioteca Clásica de Gredos), 1987.
- Himnos Homéricos. La "Batracomiomaquia"*, traducción de A. Bernabé Pajares, Madrid (Biblioteca Clásica de Gredos), 1988.
- Homero, *Ilíada*, traducción de C. Rodríguez Alonso, Madrid (Akal Clásica), 1986.
- Homero, *Odisea*, traducción de J. M. Pabón, Madrid (Biblioteca Clásica de Gredos), 1986.
- Eurípides, *Bacantes*, traducción de J. M. Labiano, Madrid (Catedra. Letras universales), 2004.
- Eurípides, *Heracles*, traducción de J. M. Labiano, Madrid (Catedra. Letras universales), 2000.
- Pausanias, *Descripción de Grecia*, libros VII-X, traducción de M. Cr. Herrero Ingelmo, Madrid (Biblioteca Clásica de Gredos), 1994.
- Píndaro, *Epinicios*, traducción de P. Bádenas de la Peña y Alb. Bernabé Pajares, Madrid (Akal Clásica), 2002.

Estudios

- Bayet J. (1926), *Herclé. Étude critique des principaux monuments relatifs à l'Hercule Étrusque*, Paris.
- Bermejo Barrera J. C. (1989), "Zeus, Hera y el matrimonio sagrado", *Polis*, 1, p. 7-24.
- Brillante C. (1992), "La paideia di Eracle", en *Héraclès: d'une rive à l'autre de la Méditerranée. Bilan et perspectives*, Bruxelles, p. 198-225.

- Dalmon S. (2015), “Les Nymphes entre maternité et courtoisie dans les *Hymnes homériques*”, *Cahiers « Mondes anciens »*, 6, p. 2-15.
- Griffiths E. M. (2002), “Euripides’ Herakles and the Pursuit of Immortality”, *Mnemosyne*, 55/6, p. 641-656.
- Holt Ph. (1992), “Herakles’ Apotheosis in Lost Greek Literature and Art”, *L’Antiquité Classique*, 61, p. 38-59.
- Lorau N. (2004), *Las experiencias de Tiresias. Lo masculino y lo femenino en el mundo griego*, Barcelona [1ª ed. 1989].
- Pedrucci G. (2013a), *L’allattamento nella Grecia di época arcaica e classica*, Roma.
- Pedrucci G. (2013b), “Sangue mestruale e latte materno: riflessioni e nuove proposte. Intorno all’allattamento nella Grecia antica”, en *Gesnerus*, 70/2, p. 260-291.
- Pirenne-Delforge V. (2010), “Nourricières d’immortalité : Déméter, Héra et autres déesses en pays grec”, *Paedagogica Histórica*, p. 685-697.
- Pirenne-Delforge V. (2005), “La maternité des déesses grecques et les déesses-mères : entre mythe, rite et fantasme”, *Clio. Histoire, femmes et sociétés*, 21, p. 129-138.
- Reboreda Morillo S. (2016), “La maternidad: de la infancia a la adolescencia en la Grecia antigua”, en A. Delgad Hervás, M. Picazo Gurina (coord.), *Los trabajos de las mujeres en el mundo antiguo: cuidado y mantenimiento de la vida*, Tarragona (Serie Hic et Nunc, 8), p. 119-128.
- Reboreda Morillo S. (2015), “Les relations mère-enfant dans le corpus homérique”, *Cahiers « Mondes anciens »*, 6, [<http://mondesanciens.revues.org/1288> ; DOI : 10.4000/mondesanciens.1288].
- Renard M. (1964), “Hercule allaité par Junon”, *Latomus*, 70, p. 611-618.
- Rudhardt J. (1990), “De la maternité chez les déesses grecques”, en *Revue de l’Histoire des religions*, v. 207/4, p. 367-388.
- Vilatte S. (1991), “La nourrice grecque : une question d’histoire sociale et religieuse”, *L’Antiquité Classique*, 60, p. 5-28.